

(Este artículo apareció en uno de los últimos suplementos literarios de «La Nación», de Buenos Aires. La circunstancia de que esté en conflicto la empresa de dicho diario con sus vendedores, hizo que no tuviera la difusión que deseábamos en nuestra ciudad, inconveniente que intentamos subsanar en parte publicándolo en nuestras páginas).

Cuando, hace seis años, despedimos a Montiel Ballesteros, que se embarcaba para Italia a hacerse cargo del Consulado uruguayo en Florencia, estábamos lejos de sospechar que en tan breve plazo de tiempo conquistaría uno de los primeros puestos entre los prosistas de la nueva generación, y el primero, fuera de toda duda, entre los narradores de escenas de nuestro campo. Era ya muy estimado en los círculos intelectuales del Río de la Plata, y padre de tres libros de versos muy correctos y hasta muy entusiastas, pero que no acusaban un temperamento de excepción en la poesía. El alejamiento de la patria y su nostalgia desde una ciudad lejana y extranjera avivó en él el sentimiento del terruño y apartando obstáculos que hasta entonces la mantenían escondida dejó al descubierto la veta clara y rica que tantas horas inolvidables nos ha dado en su generoso y fecundo producir. Dos casos recientes tenemos en el Uruguay de escritores que libertados de influencias extrañas se han mostrado al desnudo, encontrándose a sí mismos después de una larga peregrinación por erradas sendas: Fernán Silva Valdés y Montiel Ballesteros. Este último, después de partir—aunque suponemos que llevaba en su valija parte de su obra hecha o esbozada—se despoja del antifaz de la literatura y recobra íntegramente su personalidad terruñera y montaraz, la misma que ostentaba cuando niño en el Salto, de donde es originario, cuando corría por las calles polvorientas de la ciudad fluvial, que tan amenudo recuerda ahora con voz húmeda de añoranzas y quebrada por la emoción. La bohemia y el anarquismo se hicieron dueños de su adoles-

encia altiva y soñadora, la que necesariamente debía reventar en versos de cándido perfume. Hastiado del quieto vejetar pueblerino se vino a Montevideo, en donde hizo la vida agitada y pintoresca de todos los muchachos llegados de campaña sin recursos. Más tarde, también sin dinero, se lanzó a visitar al Viejo Mundo, a conocer a París, la obsesión fija de los escritores de entonces, intoxicados con las suaves leyendas de Montmartre y del «Quartier». Volvió a Montevideo y hubo de ser empleado público para poder vivir y realizar la obra que por aquel entonces preparaba: estrofas madrigalescas, sonetos impecables, yambos revolucionarios. Después, en «Savia», un manojo de flores modernas de caprichoso dibujo de ritmo libre. Gustaba de la aventura de las revistas efímeras e inéditas, y pontificaba en el café, junto con otros compañeros de arte y de ideología, su credo armonioso y demoleador, embriagándose en la música de sus propias estrofas. Eso, y un amplio chambergo romántico, una fina melena rubia y una barbilla dannunziana, parecen haber sido las características de su juventud febril, llena de vagas solicitudes, derrochadora y sin brújula como todas las juventudes en que hay exceso de vida y en que se sueña con ser el preferido de todas las mujeres hermosas y el apóstol de todas las causas nobles.

Desde Florencia, en 1920, nos envió Montiel Ballesteros su primer libro en prosa, el que marca el punto de partida de su nueva y definitiva manera: «Cuentos uruguayos». Su nombre parece indicar que todas las narraciones que integran este libro son de nuestro ambiente, pero no es así. En algunas de ellas se dejó arrastrar—pero fué un instante tan sólo afortunadamente—por la poderosa sugestión de la literatura finisecular, ya completamente agotada, que busca inspiración en lo retorcido y exótico, en lo pasmante, guignolesco, terrorífico, buscando provocar en el lector o espectador el espasmo de la angustia, del terror o del ansia. A ese género pertenecen varios de sus cuentos, entre otros: «Los

rayes X», «32584687», «El fotopsicomontógrafo», «La dama verde». Pero no era ese su camino y así lo reconoció el mismo apartándose sin esfuerzo y abandonándolo después de algunos ensayos más o menos felices. Sus recuerdos de la patria lejana desbordaban como un impetuoso torrente avasallador. El alma criolla rompía todas las vallas y florecía magníficos dones bajo el tranquilo cielo florentino que cobija la ciudad museo de que abominara Marinetti. En vano quiso Montiel reducirla, domarla, bajo capas literarias—ayer verso de quintesencia, hoy prosa rítmica y atormentada. El potro indomable rompió las bridas y echó a correr, sueltas las crinets como una aureola, por el campo verde todo oloroso a trébol. Desde el primer instante Montiel Ballesteros entra en la narración campera sin vacilaciones y sin noviciado, como uno de la casa para quien no existe nada oculto ni desconocido. Saluda con gesto franco y abierto, como a viejos amigos que vuelve a encontrar, a las figuras que evoca, y se guía sin una duda ni un tropiezo, como buen baquiano, a través de los pagos que van emergiendo nítidos desde el horizonte, obedientes a su conjuro. Ríe con su risa ancha o solapada, aprieta las nazarenas ruidosas e hirientes en los flancos vibrátiles, y se sienta en corro, en la cocina campera, forzado escenario de narradores y payadores, adonde lleva el olvido y el éxtasis. Y culmina en «La sombra del onibú» y en «El hijo guacho», «La maestría», «Como los horneritos», «Los gurises», etcétera, pequeñas obras maestras llenas de vida expresiva y dúctil y talladas en una prosa cortada y relampagueante, hecha de frases cortas con el menor número posible de adjetivos, lo que la hace rica en substancia, jugosa y fácil. Inspírase en las vidas sencillas y resignadas, escarba en las psicologías primitivas, busca a la sombra de las enramadas y en redor de las mesas vacilantes de las pulperías, y en los interiores modestos de los ranchos. Tiene una ternura húmeda en lágrimas para la angustia de los misereros, y una blasfemia trunca para los torcidos y los hipócritas. No cae en el hueco sentimentalismo que tan en boga estuvo en la época de «Andresillo». Su ternura es solidaria del sufrimiento de los humildes y tiene

ásperos encrespamientos y cálidos afanes de justicia.

«Alma nuestra»—cuentos camperos—fechado en 1922, es a mi juicio el libro más meritorio y sustancioso de Montiel Ballesteros. Este libro introduce una novedad, una nueva modalidad en el cuento nativo. La mayoría de las narraciones que lo integran no constituyen cuentos si por ello entendemos el desarrollo más o menos ordenado y lógico de un argumento. Aquí el autor ensaya con toda felicidad el cuadro impresionista de anchas y sobrias pinceladas de un realismo desnudo y a veces desbordante de humorismo. Son a modo de manchas o bocetos, de episodios que parecerán inconclusos a quienes se mantengan fieles a los viejos hábitos. Toma la historia allí donde la encuentra, como separándola de su pasado, y la deja también en otro punto sin interesarse por su porvenir. Hay retratos admirables, conseguidos con gran economía de palabras, como a brochazos, y sintonizados a todo color. Algunos de esos cuentos tienen una finalidad social, y no es liviana su mano cuando se trata de castigar iniquidades que jamás perdona. Tiene un conocimiento profundo y amargo de la vida de nuestros peones, que aparecen bajo su pluma con rasgos bien distintos a como nos los presenta una literatura cursi y falsa. Sus observaciones son justas, su lenguaje adecuado, noble su finalidad. Cuenta con sencillez, con desenfado, matizando su prosa aquí y allá con una observación feliz, una imagen poética, una reflexión punzante, una pausa hiriente o mordaz. No ahueca la voz, ni emplea el énfasis, ni comienza: Atención, señores, que voy a contar lo que le pasó a Fulano. Ninguna teatralidad ni artificio. Dice las cosas más terribles, narra los episodios más patéticos como si tal cosa, sin que caiga la ceniza del cigarrillo que arde entre sus labios. La prosa bien trabajada, estilizada, desprovista de todo barroco, es como una corriente igual y densa sin ningún desperdicio. He aquí una muestra de paisaje, de «La carreta», obtenido en pocos párrafos: «Van entre los cerros pedregosos de Arerungú. Las colinas de un gris rojizo, ferruginoso, dan una sensación de sed angustiosa. Por allá abajo la visión se suaviza entre las praderas verdes



donde ondula la línea azul del monte. Por las laderas de las cuchillas suben y bajan como largas víboras ocre-violeta los cercos de piedra mora. Ahora se ven a lo lejos los frondosos ombúes del alma-cú». Un retrato de «La china gorda»: «Tenía ese encanto sensual de las pupilas brillantes y la boca roja como entreabriéndose, mad-rosa y fresca, en ancha ternura de sonrisa, en excitante promesa de besos. Era lenta de movimientos; conversaba con un ceceo dulzón y dormido; mirarla, hablarla, era como sentirse acariciado voluptuosamente. Daba la mano, aquella su mano llenita, tibia, adornada de graciosos hoyuelos, y producía la sensación de que algo palpitante y vivo se le desmayaba a uno entre los dedos». He elegido al azar un paisaje entre cien paisajes, un retrato entre cien de parecido mérito. Acierta con la misma gallardía cuando desdobra para estudiarla, el alma del paisano: «No tiene el criollo un amor refinado a la Naturaleza, pero es indudable que el continuo contacto con el campo, con el árbol, con el agua, le genera un cariño de cosa familiar, manera de manifestarse de ese oscuro y natural instinto que lleva al hombre casi primitivo a sentir un desnudo y puro panteísmo. Meditativo, callado, en sus largos silencios cuando fabrica una trenza, al lonjear o sobar una guasca, en sus dilatadas horas de mate amargo, debe sufrir la influencia de su inmediata visión y concebir la idea de que tienen algo de sagrado la sombra del árbol, la tibieza del sol, la providencia de la llama». Los veintidós cuentos de «Alma nuestra» son sobresalientes, debiéndose destacar por excepcionales: «La carreta», «Los toros finos y el hombre», «La pionera», «La china gorda», y algún otro.

Fecha en 1923, llegó: «Fábulas y cuentos populares», el libro más original y donoso de este escritor. En esa obra aborda, con fortuna, el intento de crear leyendas en las que preferentemente son protagonistas los animales y los objetos familiares del paisano: el ombú, el churrinche, el sauce llorón, los tábanos, las boleadoras, los pirinchos, las chilcas, etcétera. Fauna y flora criolla se abrazan allí en un haz fresco y armonioso de pequeñas narraciones en que brillan las virtudes cardinales de este escritor: la sobrie-

dad y la ironía. Son como pequeños poemas llenos de sugestivo encanto y de intención picaresca, que se leen con la sonrisa en los labios. No hay nada semejante en nuestra literatura a esos esquemas casi cinematográficos, vibrantes de color y de movimiento. En el ambiente campero, de una simplicidad patriarcal, es muy limitado el número de motivos y solicitudes. Al errante Santos Vega le bastaban su caballo, su guitarra y las pilchas de su apero para tener su vida completa en un mundo tan poco complicado como su mentalidad. De ahí la naturalidad de estas fábulas en que cobran vida milagrosa los animales y los objetos que conviven con el paisano. En muchas ocasiones los narradores espontáneos, inventan fábulas atribuyendo el habla, ideas y sentimientos humanos a los animales que comparten su existencia. Esta tendencia a humanizar lo que le rodea existe especialmente en los pueblos pastoriles cuyos días trascurren en íntima comunión con la naturaleza. En la soledad de las pampas y cuchillas el criollo se acompaña de seres vivos que le hacen menos áspero su abandono, más llenos y dulces sus días. Conoce a fondo las costumbres de los animales, las características y utilidades de los árboles, las virtudes y ponzoñas de pastos y yuyos. A medida que la civilización que es complejidad, avanza, es menos justificado el género fabulístico, propio de razas primitivas e ingenuas. Por eso, a tiempo todavía, en una época en que nuestro campo y nuestro paisano comienzan a doblegarse bajo el imperio de otras costumbres, Montiel Ballesteros fija en fábulas unas cuantas leyendas ligeras y expresivas que convierte en poemas de suave y perdurable belleza. Para muestra, no resisto a la tentación de citar uno:

« EL MATE AMARGO »

«Nosotros también tuvimos nuestro Adán criollo a quien Dios, de una costilla, le formó una Eva que le presentó como compañera. Luego de la china, le trajo el pingo, para la lidia del trabajo y la diversión del paseo o de las carreras. El pingo que no se presta, como la guitarra, que también le regaló para endulzar los pesares, para ensayar estilos, tristes y vidalitas, donde volcar la poesía de su alma.

«Más adelante, para defenderlo de la intemperie, le construyó el rancho, en cuyos horcones se colgaría una rústica cuna y en cuyo fogón se asaría el churrasco para alimentarse. Después,

MONTIEL BALLESTEROS



Grabado en madera, por F. Lanau.

le trajo el perro vigilante y la alondra matinal de la calandria autóctona, para, en la aurora, despertarle con su música desde la enramada.

«Y el hombre con todos esos tesoros aun parecía no estar contento. Y Dios le preguntó:

—¿Qué te falta?

Y el paisano le contestó filosofando:

Todo pasa, Tata Dios, menos el dolor... Mi mujer se puede ir con otro; habrá momentos en los cuales no tendré ganas de cantar; cuando sea viejo no montaré el pingo; el hijo hará rancho aparte; se puede alzar el perro, caerse la casa... Y a mí no me restaría un compañero. Un compañero para contarle despacito las penas, las tristezas de la vida; que me haga sentir su caliente mano de varón, y que sea serio, callado y fiel.

Entonces Dios le regaló el mate amargo.

De todos los géneros literarios es el novelesco el menos cultivado en el Uruguay, y por eso y por sus valores propios, la aparición de «La Raza» constituye un verdadero acontecimiento en nuestro indiferente y apacible ambiente. Ballesteros ha probado con él que sabe desenvolver con tanta maestría una larga trama llena de interés y de vida, como tallar un pequeño y sobrio boceto, o una fábula rápida y perspicaz. Como en todo lo que ha salido de su pluma hay aquí dos valores: el artístico y el sociológico. A la importancia de la narración en sí y a la originalidad del estilo característico, debe agregarse el estudio exacto y hasta minucioso de un hecho histórico en su ambiente peculiar. El pasado y el presente luchan noblemente cada uno con sus armas, en Don Simón Rosas, propietario de «La Uruguaya», empresa de diligencias que hace el servicio de Salto a Mataojo, y en sus dos hijos, Mario el soñador y Américo, que sucede a su padre en el oficio pero cediendo a los mandatos de la evolución y del progreso. Al final la vieja y derruida diligencia, testigo derrotado de un tiempo que pasó, que llenaba de alegre bullicio el endiablado y polvoriento camino de tierra es sustituida por un cómodo autocamión que se desliza veloz sobre la blanca y pulida carretera. Han cambiado los medios, las costumbres, la apariencia, pero dentro de los pechos viriles late siempre el mismo corazón, aliena el mismo espíritu de la raza con todas sus virtudes y todos sus defectos. He ahí, a través de las generaciones, el encadenamiento natural del alma autóctona que ha querido destacar el escritor y que no

han comprendido algunos críticos que suponen equivocadamente que Ballesteros pretendió sintetizar la raza en los héroes de su novela. El viejo Rosas descansa tranquilo en el cementerio de su pueblo, y un nieto suyo, el hijo mayor de Américo, empuña el volante con tanta firmeza y alegría como su padre y su abuelo hacían restallar sobre las cabezas inquietas de los caballos la sonora vibora del látigo. El segundo hijo de Rosas, Mario, deserta muy joven del pago y empujado por sueños indecisos va a arrastrar una vida miserable pero llena de estrellas a Montevideo, desbordante de un ansia de perfección que le empuja inexorablemente hasta la muerte. Creo que Montiel Ballesteros, en esta segunda parte de su libro que tituló «El soñador», se ha detenido demasiado extremando los detalles, impulsado por el deseo de fijar una porción de episodios en los que fué protagonista o espectador y que si bien tienen un interés especial para él no lo tienen en el mismo grado para los demás. Hay empero, muchas observaciones felices, tipos fielmente reproducidos hasta el punto de venir a la memoria nombres propios, una pintura muy exacta de lo miserable del ambiente político pueblerino, unos amores románticos muy nuevos, y un hermoso estudio de la vida aventurera y dolorosa de un inadaptado que sueña un mundo mejor hiriéndose de continuo en las aristas de un ambiente que no comprende ni lo comprende. Ese segundo hijo, alejado del hogar para siempre por el turbión interior, desaparece joven, cuando por una terrible ironía de la suerte, comienza a triunfar y su nombre a imponer admiración y respeto. Su desaparición no afecta para nada el curso de la vida de los demás Rosas, apegados al terruño como árboles, pero su misma alma de soñador resurge en el menor de los hijos de su hermano Américo, «chicuelo pálido demasiado amigo de lecturas, sin ambiciones que le determinen una vocación profesional, dá que pensar con sus gustos finos y su complexión débil. «En la bellísima escena final, que es todo un símbolo, cuando llega inesperadamente, un ejemplar del drama de Mario cuyo pequeño lector solitario, «hundía la cabeza en el libro y tenía los ojos mojados

con la niebla luminosa de las lágrimas». Se adivina que la historia de los Rosas proseguirá a través de los tiempos reviviendo los mismos episodios, las mismas tragedias, inspirando los mismos heroísmos Prácticos y soñadores vivirán y morirán repitiéndose en el tiempo, empujados por esa ley oscura que labra nuestros derrotos.

Obras como la de Montiel Ballesteros contribuyen a despertar y a conservar en las almas el espíritu del americanismo mucho más que mil discursos huecos y pretenciosos y que mil Congresos efímeros. Ellas tienden un puente de simpatía y de compenetración entre el hombre y su medio; emparentan en el mismo dolor, el mismo goce y la misma ambición a todos los hombres de nuestras tierras. Nuestros nacionalismos pasan por una grave hora de crisis, abrumados por el aporte de la caudalosa corriente inmigratoria, desorientados después de haber perdido sus características primitivas de que el progreso inflexible los ha ido despojando. Por eso todos nuestros novelistas camperos de la actualidad, los que retratan la vida del hombre de nuestras cuchillas, dan la impresión de ser pesimistas, ya que son testigos de una decadencia irremediable, de un drama sin redención, de un crepúsculo sin mañana. Las nuevas realidades sociales, la complicación y la febrilidad de la vida moderna, cambian rápidamente el aspecto de nuestra campaña, modifican las costumbres y los ideales, hacen sedentaria la vida que fué inquieta y libre, obligan a nuevos hábitos a los que hay que someterse, y hasta hacen evolucionar el lenguaje. El paisano que no comprende bien la razón de

todo ese cambio, a la vez superficial y profundo, se llena de tristes nostalgias, se escuda en la desconfianza, se reconcentra en el silencio y sólo atina a veces a protestar pero sin entretener a su verdadero enemigo que se le oculta inexorablemente. Por eso en vez de admitir, se burla y protesta contra el progreso,—el toro fino, la mansión cómoda, la pilcha nueva, el automóvil, el libro,—porque traen a su existencia nuevas preocupaciones y desvelos, nuevos problemas que no puede resolver. En ese empeinamiento suicida el paisano resulta simpático porque es débil y sincero, y su tragedia es más trágica porque no tiene grandeza ni escenario. Hoy ya ni siquiera muere como antaño en medio de la sinfonía bárbara del entrevero, magnífico centauro desmeleado y blasfemo que cae de golpe con el pecho abierto como una gran flor roja. Hoy se extingue olvidado en el hospital o en el rancho, mirando todo con ojos turbios, como un extraño en un ambiente que cada día que pasa es menos el suyo. Montiel Ballesteros ha visto bien claro ese drama de nuestra época y lo ha fijado en sus cuentos expresivos en que resplandece un nimbo de piedad y zigzagea el látigo de la ironía. El sabe bien que no hay remedio para ese mal, y que los inadaptados deben desaparecer porque tal es la ley; no ley de hombres sino de la naturaleza. Pero algo se rebela en su fondo contra la crueldad de tal destino y hace suyos los sufrimientos irredimibles y recoge con generosa solicitud las lágrimas vertidas en el silencio amargo de las derrotas.

ALBERTO LASPLACES.

